

Muro Gonzalez

Estudios Michoacanos

Estudios Michoacanos V

Víctor Gabriel Muro González
Coordinador



El Colegio de Michoacán



Gobierno del Estado de Michoacán

ÍNDICE

Presentación <i>Victor Gabriel Muro González</i>	11
---	----

I. HISTORIA

El templo de este mundo o de cómo fue reformada la Iglesia del antiguo Michoacán, 1640-1666 <i>Jorge Traslosheros Hernández</i>	19
--	----

La capilla barroca de Santa Ana Pacueco: estudio iconológico <i>Alberto Carrillo Cázarez</i>	39
---	----

Michoacán en la vía de la unidad nacional, 1940-1944 <i>Verónica Oikión Solano</i>	73
---	----

II. NUEVOS PATRONES CULTURALES

Extendiendo las fronteras de la comunidad en teoría y práctica: Tzintzuntzan México, 1970-1990 <i>Robert V. Kemper</i>	119
---	-----

Migración Tarecuato-Pomona: ¡Ráscale a tu suerte! <i>Philippe Schaffhauser</i>	131
---	-----

Las aguacateras de Caltzontzin: génesis, desarrollo ¿y ocaso? de una actividad comercial <i>María Isabel Mora Ledesma</i>	159
--	-----

III. PROCESOS POLÍTICOS

Érase una vez el centro-norte de Michoacán: acerca del por-
qué y del cómo las asociaciones locales se convierten en
organizaciones empresariales
Xochitl Leyva Solano 171

Cambio socio-económico y cultura política: la región cañera
de Los Reyes, Michoacán
Kathy Powell 191

Movimientos sociales y la emergencia del neocardenismo en
Ciudad Lázaro Cárdenas, Michoacán
Robert Aitken 251

IV. POBLACIÓN REGIONAL

Demanda agrícola de fuerza de trabajo y movimiento
poblacional en Zamora, Michoacán
J. Luis Seefóo Luján 283

Regionalización y movimientos de población en Michoacán
*Patricia Ávila G., Esteban Barragán L., Eric Mollard y
José Luis Seefóo L.* 311

REGIONALIZACIÓN Y MOVIMIENTOS DE POBLACIÓN EN MICHOACÁN ¹

Patricia Ávila G.
Esteban Barragán L.
Eric Mollard
José Luis Seefoó L.²

En el estado de Michoacán se ha desarrollado, a la par del comercio y los servicios, una importante actividad agroindustrial (comprendida por congeladoras, empacadoras, aserraderos, alimentos balanceados, lecherías, molinos, etc.) que ha repercutido en el cambio de la fisonomía de los centros urbanos y el paisaje de su *hinterland* (área de influencia).

Para interpretar los movimientos de población internos en el centro-occidente del país, proponemos un esbozo de regionalización geográfico-funcional que inserte a cada ciudad en su *hinterland* rural y destaque los nexos entre este y los sistemas urbanos. En efecto, el desarrollo de varias ciudades se debe a la expansión de su mercado agrícola (con productos como aguacate, leche, madera, melón, fresa, etc.) y a la competencia económica y política para ampliar sus *hinterlands*.

1. Esta versión fue revisada a partir de su presentación y de los comentarios en el Coloquio Regional Políticas de Población en la Región Centro-Occidente celebrado en Cuernavaca (julio de 1991).
2. Patricia Ávila, Esteban Barragán y José Luis Seefoó son investigadores del Centro de Estudios Rurales de El Colegio de Michoacán; Eric Mollard es investigador del Instituto Francés de Investigación Científica en Cooperación (ORSTOM).

REGIONALIZACIÓN DE MICHOACÁN

Las regiones naturales: uso y potencialidad

El gran Bajío, desde Querétaro hasta Tequila, Jal., se caracteriza ecológicamente por sus extensas llanuras de entre 1 500 y 2 000 msnm y por sus suelos fértiles y sus distritos de riego que propiciaron la revolución verde. Su agricultura actual se ha beneficiado desde hace mucho tiempo con las vías de comunicación que conectaban la ciudad de México con Guadalajara y con las minas de Zacatecas y Guanajuato. En la parte sur de ese mesoplano se localiza el Bajío michoacano, salpicado de volcanes, desde la laguna de Chapala hasta Morelia.

La Tierra Fría, particularmente la Meseta Tarasca, es la continuación de los altiplanos centrales en el Eje Neovolcánico.

Su topografía tiene una elevación de los 2 000 msnm y se caracteriza por numerosos conos cineríticos. Su abundante precipitación y suelos que facilitan la infiltración del agua que más tarde aflora en el Bajío y en los Balcones en forma de manantiales, ríos y lagos. Esta región es de tal importancia ecológica que debajo de ella se asientan las tres principales ciudades del estado.

En las vertientes exteriores de esta región destacan los Balcones, con su clima templado, desde 1 300 hasta 2 000 msnm. Ahí el desmonte del bosque permite cultivar aguacate en las pendientes, y caña de azúcar en los llanos.

Debajo de los 600 msnm aproximadamente, cunden la gran llanura de Apatzingán y los valles calientes del Balsas. La creación de distritos de riego a partir de los años cuarenta desató un formidable desarrollo, no sólo en esas tierras, sino también en una buena parte del estado. Al principio el algodón, y después mango, limón, melón y sandía, sustituyeron a la ganadería extensiva.

Todas las vertientes con barrancas empinadas y suelos delgados nunca despertaron el interés de las haciendas por esta zona, poblada por gente blanca y pobre, a lo largo del siglo pasado, con base en la actividad ganadera. La incomunicación, aún prevaleciente aquí, par-

ticipó en plasmar la cultura ranchera, en las laderas de abajo y al oeste de los Balcones y toda la Sierra Madre del Sur cuyas montañas se clavan en el Océano Pacífico. La zona costera se sitúa aparte, con una población indígena que huyó del avance ranchero (Cochet, 1990) y con su potencial de pesca, turismo y puertos.

Los sistemas urbanos

Otrora frontera con los chichimecas, el Bajío mantiene hoy en día una cultura ranchera, tradicional y religiosa, en sentido amplio (cuyos habitantes, mestizos y criollos viven en ranchos o pueblos). Considerando los flujos telefónicos (CONAPO *) y otros nexos (por ejemplo, familiares), no cabe duda que las ciudades del Bajío occidental no están dentro de la esfera económica de Morelia, en primera instancia. Sin embargo, existen enlaces con Tierra Caliente y Uruapan en términos poblacionales, y con la burguesía de Zamora a través de negocios. Puede observarse en esto la influencia respectiva de las metrópolis nacionales, Guadalajara y México (mapa 1).

Los centros urbanos del Bajío occidental quedan poco estructurados, en su *hinterland* y en su relación con otras ciudades (tal como lo indican las llamadas telefónicas preferenciales de La Piedad, Sahuayo-Jiquilpan y Zamora-Jacona a Guadalajara). La independencia relativa de estos centros ha propiciado una especialización asombrosa: hortalizas en Zamora, porcicultura y alimentos balanceados en La Piedad, leche y queso en Sahuayo.

El Bajío central está tan poco estructurado como el occidental, pero desligado de cualquier metrópoli, aunque sí existen estrechas relaciones entre ciudades medianas y pequeñas. Por ejemplo, Zacapu está vinculada tanto a Morelia, como a Zamora y a Puruándiro.

El gran sistema urbano ligado a la capital nacional está conformado en Michoacán por varios subsistemas. El más importante es el corredor Morelia-Uruapan-Apatzingán. El aislamiento de la Sierra Madre del Sur desde hace siglos ha propiciado una gran autonomía de los pueblos y pequeñas ciudades. Por eso Coalcomán, por ejemplo, tiene contactos débiles con Apatzingán.

Las ciudades más importantes de Michoacán están poco relacionadas con Morelia, por ejemplo, Zitácuaro parece estar más ligada a Toluca y Lázaro Cárdenas depende del Distrito Federal.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Hasta principios de este siglo, la mayoría de las ciudades tenían más vínculos con su *hinterland* y con las principales metrópolis nacionales que con las ciudades próximas o con Morelia. La migración y el intercambio de mercancías y servicios entre estas era escaso. La estructura urbana era meramente administrativa y religiosa. La capital estatal y las principales ciudades desempeñaban las mismas funciones; sus poblaciones crecían a ritmos semejantes de 1 a 1.4% anual (1822-1910).

Presentamos brevemente algunos componentes de la débil estructuración estatal de entonces y así analizar cómo se fue modificando. Además proponemos los factores fundamentales que explican la permanencia de ese archipiélago urbano en varias partes de Michoacán en la actualidad.

Las raíces del archipiélago urbano

El sistema político colonial, y luego el régimen de la hacienda fomentaron la centralización. Muchos hacendados solían vivir en las metrópolis; por eso una hacienda tenía pocas vinculaciones económicas con la ciudad más cercana. En el Porfiriato, el tendido de la vía férrea no pudo tampoco estructurar mucho las ciudades, ya que los hacendados tenían sus propias bodegas y estaciones en el campo, desde las cuales mandaban mercancías a cualquier lugar del país.³ La entrada de capitales extranjeros supo aprovechar los recursos locales. Pero una mejor ganancia inducía el retiro del capital.

3. Las malas comunicaciones entre regiones y la centralización del estado impidieron la estructuración regional y la estructura urbana del Bajío occidental, de tipo archipiélago.

El fin del primer aprovechamiento del bosque tarasco implicó el retiro del dinero de la región, lo que no afianzó el predominio de Zamora y de su burguesía.

Luego de la Revolución, el país siguió el mismo rumbo centralizador, vinculando directamente los caciques o las dependencias locales con el poder ejecutivo. Por lo tanto, Michoacán no pudo estructurar su red urbana.

En el siglo XX se da la ruptura secular entre los patrones de poblamiento, antaño con alta densidad en los altiplanos. La integración regional ocurrió primero con la introducción del ferrocarril durante el Porfiriato; luego, las numerosas carreteras de la década de los cincuenta se conjugaron con la consolidación de los sistemas agrarios a raíz de la Reforma Agraria y con la demanda de transporte nacional e internacional. Fue la base de las especializaciones y aprovechamientos masivos de los recursos.

Integración regional

El presidente Lázaro Cárdenas intentó integrar a Jiquilpan en la antigua zona económica del estado, o sea el Bajío michoacano. Pero el desarrollo de Tierra Caliente iba a convertir luego el corredor Morelia-Uruapan-Apatzingán en el verdadero eje integrador de Michoacán. De hecho, Morelia nunca ha desempeñado otro papel que el administrativo; su arrinconamiento y su lejanía del Bajío y de otras regiones michoacanas no ha propiciado el despegue de un comercio regional. Es Uruapan el articulador de Los Balcones con Las Tierras Calientes y Frías.

La colonización de las Tierras Calientes, con la apertura de los distritos de riego, fomentó olas de inmigración desde las zonas pobladas o pobres del estado hacia allá, y Apatzingán fue una de las ciudades del país con más crecimiento demográfico (9% anual) en la década de los sesenta. En este tiempo Uruapan se vuelve el principal centro de exportación de aguacate, lo cual permitió la integración masiva de los recursos forestales de las comunidades tarascas para cajas de madera.

La integración de varios pisos ecológicos hizo de esa ciudad un polo económico y agroindustrial de primera importancia que se complementa con la ciudad de Morelia. El *hinterland* directo e indirecto de Uruapan es el más amplio de todo el estado (mapa 1). Su tasa de crecimiento anual alcanza el 6% en los años sesenta, con lo cual se volvió la segunda ciudad en población, después de Morelia.

La articulación funcional entre Morelia y la economía de Uruapan y Apatzingán ha conformado la estructuración incipiente de Michoacán. Apatzingán se integró como ciudad de tercer nivel sin dificultades en la medida en que su débil población o sus caciques poco relevantes no lo impidieron.

Una región de problemática demográfica análoga permite una mejor comprensión de los movimientos de población en función de los empleos, ligados por lo regular a las actividades motrices de la agricultura. Para ejemplificar unos cuantos casos de este estado fragmentado, se presenta el Bajío occidental cuya población flotante explica los altibajos de crecimiento poblacional, la Meseta Tarasca cuya marginación ancestral va reduciéndose, y las zonas rancheras, lugares de expulsión y desatención crónica.

ZAMORA Y EL BAJÍO OCCIDENTAL

En el Bajío occidental Zamora es la ciudad de mayor jerarquía por el tamaño de su población y los recursos agropecuario-comerciales que concentra. Sede de un Distrito de riego,⁴ es una zona de abasto de hortalizas en el mercado internacional y de trigo, en el nacional.

La zona fue uno de los mercados de empleo más dinámicos de la región, que implicó un desarrollo comercial importante. Sin embargo, el *hinterland* de Zamora no rebasa los municipios rurales colindantes, es decir, su comercio se quedó confinado y nunca se ha

4. El Distrito comprende los municipios de Zamora, Jacona, Chavinda, Ixtlán, Tangancícuaro y Pajacuarán. En los años ochenta se cultivó un área de 20 mil hectáreas en promedio.

afianzado en el noroeste michoacano, a pesar de sus recursos, población y nexos con Estados Unidos.

Para las tareas agrícolas (papas, cebollas) y el procesamiento industrial (fresa, brócoli, coliflor, ejote, o productos de otras partes como piña, mango, etc.) hay un numeroso “ejército de reserva” en el centro-occidente (incluidos Guanajuato y Jalisco). Sin embargo, la inmigración ya no es tan intensa como en las décadas de los sesenta y setenta, debido a que ya no es tan costeable el desplazamiento desde Yurécuaro, Penjamillo o Ecuandureo; se ha contraído la superficie fresera; el trabajo femenino e infantil y la tecnología moderna en cierta medida ha desplazado al trabajador adulto (en el corte de jitomate, fresa, etc.), y éste mismo prefiere trabajar en el campo del vecino país del norte.

El carácter poblador de la fresa

Unos estudiosos de la región (Arizpe, 1981; Feder, 1977; González, 1980) consideran que la fresihorticultura fue una de las variables principales del crecimiento poblacional de la región, mucho más que el descenso en la mortalidad y el aumento de la natalidad. No cabe duda que el movimiento poblacional sigue las fases de expansión, consolidación y crisis de esta agricultura, cuyo mejor ejemplo es la fresa, sobre todo en los municipios donde el empleo depende más de las actividades económicas primarias. El ascenso vertiginoso de Jacona (conurbación de Zamora) de 1960 a 1970, y su caída en los años ochenta, se relaciona claramente con ese proceso, primero acogiendo y luego despidiendo jornaleros.

De 1965 a principios de los setenta, la fresa se afianzó en el valle, junto con el jitomate, la papa y otras hortalizas. El aumento en la productividad de fresa y oscilaciones a la baja en el área cultivada mantuvieron el requerimiento total de brazos en unos 93-94%.

Si los cultivos se expanden de 1965 a 1987, de unas trece mil hectáreas a casi 23 mil, los cultivos que ganaron terreno, como el trigo y el sorgo, ocuparon poca mano de obra. Aun en la papa,

consumidora por excelencia de brazos, en plantación y cosecha, los tractores equipados con aspersora de pesticidas dejaron a varios cientos de trabajadores desempleados.

En el decenio de los ochenta baja el área fresera y los jornales caen a menos de un millón y medio, el 85% del total necesario en el valle. Este descenso impactó la dinámica de los circuitos migratorios, pues el mercado se saturó y el transporte se volvió incosteable para las gentes de las rancherías cercanas, al establecerse periodos cortos de trabajo.

Cambios en la estructura del mercado laboral

La población económicamente activa (PEA) zamorana inscrita en actividades primarias sigue creciendo, pero la población que se emplea en la construcción, comercio y la “insuficientemente especificada” ha aumentado espectacularmente. En el agro no es posible trabajar durante los doce meses del año y las opciones de “emplearse a fondo” o emigrar a otra región o fuera del país, hace que Zamora sea también exportador de mano de obra.

La PEA de la rama primaria en Zamora es casi constante de 1960 a 1980, con poco menos de 9 mil trabajadores; la industria de la transformación se mueve de cerca de dos mil en 1960 y 1970 a tres mil en 1980. Paralelamente en este periodo los mercaderes pasan de dos a cuatro mil, y el rubro “insuficientemente especificados”, de millar y medio aumentaron a cerca de once mil. Al margen de los errores censales de 1980, lo cierto es que en Zamora los “vendedores de todo” forman una enorme masa que constituye un magnífico amortiguador de los salarios.

Zamora sigue siendo un imán que jala gente de su entorno empobrecido por la crisis que afectó antes que todo las agriculturas de temporal. La diferencia salarial de la Meseta y del Bajío seco respecto a Zamora, aunada al año agrícola más largo de este valle, y la posible inserción laboral urbana (lavacoches, pepenador, músico, prostituto, carterista, vendedor ambulante, etc.) son factores que movilizan –temporalmente– a los jornaleros, pero la permanencia en

la ciudad es cada vez más incierta y las grandes oleadas migratorias de los sesenta y setenta se revierten.

Una estimación preliminar del saldo migratorio⁵ nos indica que en el decenio de los ochenta Zamora ha expulsado mucha población. Zamojac (o sea la conurbación Zamora-Jacona), según nuestras “cuentas”, tuvo un saldo migratorio negativo de 12 307 elementos, cifra elevada si tomamos en cuenta que al arrancar los ochenta la población ascendía a 148 721 habitantes y se registraron 61 106 nacimientos contra 11 854 defunciones.

Antes, entre 1960 y 1969, por la acción del ave picuda y de los inmigrantes, el saldo fue positivo, con 10 512 nuevos zamoranos (cuadro 1), diferencia favorable que más o menos coincide con la consolidación de la fresihorticultura en estas tierras que jaló gente de varios kilómetros a la redonda (mapa 2). Es notable la extensión del espacio de origen de los jornaleros, pues mientras las mercancías tenían un *hinterland* reducido a los municipios limítrofes con Zamora, los peones procedían más allá de los límites estatales.

La contracción fresera de Irapuato de los años sesenta y la crisis actual de Zamora conducen a la población flotante en búsqueda de nuevas opciones de empleo. Las nuevas generaciones continúan la peregrinación de sus progenitores que lograron arraigarse de múltiples formas.

Una mirada al futuro cercano

Las empacadoras de fresas y hortalizas tienden a diversificar su producción para aprovechar las instalaciones y equipo durante un periodo más largo y tener un mayor control sobre la producción agrícola. Esto puede dar más permanencia al empleo, y la agroindustria seguirá marcando los ritmos de la integración del mercado regional femenino. La alternativa de los hombres cuyos grupos

5. De acuerdo con historias laborales de 125 familias de jornaleros, testimonios recogidos en entrevistas informales en los puntos de reunión.

domésticos poseen recursos acumulados y redes familiares allende el Bravo, es “buscarle por otro lado”.

Desde el 1990 la pérdida de la capacidad de la Unión de Productores de Fresa para controlar el tamaño del área plantada de frutilla, coloca la cabeza de los productores medianos y pequeños en la guillotina del capital agroindustrial. La quiebra de los pequeños y la concentración de poder económico en la burguesía agroindustrial, y de las firmas extranjeras, dará un empujón hacia abajo a los salarios de los jornaleros.

Una mayor depresión de los salarios y la más obligada incorporación de las mujeres a cualquier trabajo, aunadas a la campaña de planificación familiar, harán descender más la natalidad.⁶ Además la incorporación femenina al trabajo agrícola y agroindustrial acentuará el exceso relativo de trabajadores que alternarán como jornaleros-vendedores y/o deambularán siguiendo los calendarios de cultivos.

El devenir es incierto. El Tratado de Libre Comercio puede quebrar la producción de granos básicos y expandir las hortalizas, consumidoras de brazos baratos. Quizás el valle redefina su papel de consumidor de mano de obra.

DESARROLLO FORESTAL Y POBLACIÓN EN LA MESETA P'URHÉPECHA

La Meseta P'urhépecha es una región indígena de Michoacán que se caracteriza por los bajos niveles de bienestar social de la población (INEGI, 1986). Su papel económico se basa en brindar materias primas (madera de pino y resina), productos semiterminados (cajas de empaque y muebles) y mano de obra barata a los principales centros agrícolas, urbanos e industriales (Espín, 1986).

Las actividades forestales desde los años cincuenta generaron cambios en las estrategias productivas de la población y trastocaron

6. La contracción es notoria: en 1970 la tasa bruta de natalidad, por cada mil habitantes, fue de 46; en 1980, bajó a 40, y en 1990, descendió a 34.

las formas de organización social y económica de las comunidades. Su economía de subsistencia se “forestalizó”, al depender la mayor parte de sus ingresos de esta actividad (Chapela, 1988). Además, ello impactó el comportamiento socio-demográfico al abrir nuevas expectativas de empleo e ingresos para la población.

El desarrollo forestal

La riqueza forestal de la Meseta se mantuvo casi intacta hasta fines del siglo XIX, ya que el recurso sólo se utilizaba para satisfacer las necesidades básicas de la población. Pero a principios de este siglo, entraron las primeras empresas extranjeras en la región con el objeto de extraer volúmenes importantes de madera para la construcción del ferrocarril y extensas superficies fueron devastadas (Espín, 1986). Después de la Revolución continuaron trabajando algunas empresas “nacionales” con la misma lógica.

Sin embargo, el mal manejo forestal y el consecuente deterioro del recurso acarrearón dos vedas: la de 1934-1939 y la de 1951-1973. Estas dificultaron el acceso a los madereros directos, pero su efectividad fue parcial. La extracción de madera se siguió dando clandestinamente debido a la demanda existente y a las necesidades de la población local.

El pujante desarrollo agrícola y urbano de las regiones vecinas conllevó a un aumento importante en la demanda de productos forestales. En particular la floreciente agricultura comercial de Tierra Caliente, y posteriormente de Los Balcones, demandaba la fabricación de cajas de empaque para el melón, limón y aguacate; los centros urbanos como Uruapan, Morelia y Apatzingán, que se encontraban en plena expansión requerían de madera para la construcción de viviendas u otros fines, y de muebles rústicos para la población urbana de medianos y escasos recursos económicos, y finalmente la industria nacional utilizaba madera y resina como materias primas: fabricación de papel y celulosa, producción de brea y aguarrás, etcétera.

Frente a esta situación el Estado se vio obligado a suspender la veda forestal en 1973, pues más que una medida de protección del recurso resultaba un fuerte obstáculo para lograr un manejo más adecuado. Comunidades enteras se volcaron sobre esta actividad: la capacidad instalada de la industria forestal creció de manera espectacular, especialmente los talleres de sierra-cinta.

La explotación clandestina tendió a aumentar al superar la capacidad productiva del bosque y los volúmenes autorizados. Otra vez el acelerado deterioro del bosque condujo a suspender, en diversas comunidades, los permisos para la explotación o a reducir significativamente los volúmenes autorizados (cuadro 2).

De hecho, el Estado se ha mostrado incapaz de actuar frente a un campo tan intenso entre necesidades y demanda. La distancia entre prácticas sociales y normas legislativas no ha podido influir en el curso de los eventos, sino que ha conllevado el deterioro social y a la corrupción en favor de los más pudientes.

La destrucción y perturbación de importantes extensiones de bosque significaron una alteración en los ecosistemas locales (erosión, azolve de la laguna de Pátzcuaro), pero no tan aguda pues sólo el pino fue aprovechado, no así el encino (cuadro 2). Además, han aumentado las tensiones y conflictos sociales intra e intercomunales, debido al clandestinaje (Chapela, 1988). También fue afectada la base productiva en la que se sustentaba la economía de comunidades enteras. Ante esta situación se han tenido que desarrollar nuevas estrategias de supervivencia (migración temporal y definitiva, el comercio en pequeño, huertas, artesanías, etcétera).

La población

Durante los años treinta y cuarenta la población de la Meseta presentó una tasa de crecimiento anual del 1.7%. Luego aumentó: 2.6, 2.5 y 2.1%, en los decenios de los cincuenta, sesenta y setenta respectivamente. Sin embargo, en los años ochenta, la tasa descendió al 1.7% anual (gráfica 1). Este comportamiento se relaciona con el proceso de integración regional de la Meseta P'urhépecha al co-

redor Morelia-Uruapan-Apatzingán, con el consiguiente dinamismo que alcanzaron las actividades forestales.

El bosque sirvió como un “colchón amortiguador” ante las reducidas expectativas de empleo e ingreso de la población, dado su alto grado de “marginación”. Las actividades forestales contribuyeron a un mayor arraigo de la población. Pero una vez que entró en crisis el sector, las tendencias migratorias aumentaron en diversas comunidades, lo que se reflejó en el descenso de la tasa de crecimiento y en el deterioro de la calidad de vida en la zona, que podría identificarse en tres fases.

Fase 1. Hasta los años cincuenta la Meseta P’urhépecha estaba poco integrada al resto del país. Las estrategias de supervivencia se apoyaban en la autosuficiencia y diversificación productiva, con base en el cultivo del maíz.

Si bien, algunas comunidades se especializaron en ciertas actividades productivas, en términos regionales se daba una complementariedad a través del intercambio de productos en los mercados dominicales. Una antigua tradición de migración, por el comercio o por las minas coloniales, permitía un cierto conocimiento del exterior. La desatención en materia de salud limitó el aumento en las tasas de crecimiento de la población (Aguirre, 1953).

Fase 2. A finales de los años cuarenta el Estado, a través de la Comisión del Tepalcatepec, construyó algunos centros de salud y dotó de infraestructura de agua potable a diversas comunidades de la Meseta. El mejoramiento de las condiciones sanitarias de la población contribuyó a la reducción de la tasa de mortalidad y a un aumento en la tasa de crecimiento demográfico. Posteriormente el apoyo fue mínimo.

También las actividades forestales comenzaron a tener un mayor dinamismo. Este aspecto se reflejó claramente en el comportamiento demográfico de la mayor parte de las comunidades de la Meseta. Dicho comportamiento puede diferenciarse de la siguiente manera: en las comunidades de alto dinamismo forestal y demográfico y en las comunidades de dinamismo moderado.

En el primer tipo se encuentran las comunidades que presentaron tasas de crecimiento superiores al promedio regional. Alcanzaron su nivel máximo en los años sesenta (Corupo, San Lorenzo) o en los setenta (Ocumicho, Arantepacua y Nahuatzen); otras se mantuvieron siempre en niveles superiores a la media como Capacuaro, Paracho, Cherán, etcétera.

En el segundo tipo se presentan tasas de crecimiento inferiores a la media regional. Una de sus características es su débil dinamismo ante las limitadas posibilidades de aprovechamiento forestal (Charapan, Nurío, San Felipe y Cheranatzicurín, entre otras). Cabe mencionar que estas comunidades concentran los niveles más altos de marginalidad de la Meseta.

Fase 3. Entre 1980 y 1990 coincide la pérdida de dinamismo del sector forestal con la crisis económica y social del país, lo cual contribuyó a una reducción de la tasa de crecimiento poblacional, por su impacto en la emigración local (cuadro 2). Según una encuesta realizada en la comunidad de Capacuaro el perfil temporal de la migración aumentó de manera importante en el último decenio, ya que entre 1960-1979 era del 13%, entre 1980-1984 era del 15% y, entre 1985-1989 pasó al 52% (Mora, 1990). En esta circunstancia continúa la tendencia al agotamiento del recurso forestal. Frente a ello algunos talleres cerraron, pero algunos de sus dueños lograron acumular capital y se convirtieron en prósperos huerteros de aguacate y comerciantes. De cualquier manera la población desempleada creció a ritmos importantes. De allí que algunas personas tuvieron que buscar nuevos horizontes fuera de la zona.

En síntesis la forestalización de la economía reforzó el arraigo de la población, pero después la crisis forestal estimuló las tendencias migratorias.

Además a pesar del papel estratégico de la Meseta P'urhépecha en el desarrollo económico del corredor Morelia-Uruapan-Apatzingán, como suministrador de materias primas, productos semiterminados y mano de obra barata, tuvo aumento en los niveles de pobreza y deterioro social de la población que allí se asienta, al agotarse sus antiguas estrategias y recursos naturales.

LA ZONA RANCHERA

Panorama de las regiones rancheras

Identificamos como regiones rancheras, en primer orden, a esas franjas de terreno accidentado y vegetación caducifolia, localizada principalmente entre los 500 y 1 500 msnm, en las vertientes de las tres Sierras Madres (Occidental, Oriental y del Sur) y del Eje Neovolcánico Transversal (cuya vertiente sur comprende desde Cotija y Tocumbo hasta Tacámbaro) y la Sierra Madre del Sur (Coalcomán, Aguililla, Tumbiscatío y Arteaga).

En segundo orden de extensión están las alteñas lomas y mesetas onduladas que rebasan los dos mil metros de altura, semicubiertas de matorral sub-tropical (sur y oriente de Guadalajara) y pastizal natural o zacatales (Los Altos de Jalisco). Con una menor presencia encontramos algunos “focos rancheros” esparcidos en las planicies del territorio, que vendrían a completar la geografía del rancho iniciada desde el lejano siglo XVII (González, 1990). A fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX la mayor expansión ranchera ocurre en los estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán y norte de Guerrero (Meyer, 1986 y Lloyd 1988).

Las propiedades privadas de los rancheros se localizaron generalmente en zonas aisladas y en la periferia de las minas y haciendas, pero suficientemente cerca de esos grandes centros como para constituir una zona de atracción económica y de intercambio comercial y laboral. Los ranchos son minúsculos núcleos humanos y unidades de producción agropecuaria separadas y pertenecientes a un conglomerado de familias con antecedentes de consanguinidad y marcada ascendencia española. Generalmente poseían tierras de temporal localizadas en áreas cuya topografía era quebrada, y de escaso atractivo para la gran propiedad hacendaria y para la comunidad agraria tradicional (Lloyd, 1988).

Como en el pasado, su organización económica y social se asienta actualmente en una racionalidad propia, de tipo rústico y extensivo. Además de la ganadería mayor y del maíz, su producción es

muy diversificada, pero en pequeña escala, para sacar el mayor provecho de recursos diseminados en el espacio y, frecuentemente aunado a una extrema austeridad, para contrarrestar la aleatoriedad de las condiciones de producción.

La carencia de caminos, electricidad, escuelas, atención médica, correo, telégrafo, teléfono, etc., no implica la ausencia de contactos con la sociedad nacional ni de intercambios en el seno de las sociedades regionales. Al contrario, estos contactos e intercambios han sido y siguen siendo fundamentales para la sobrevivencia de estas regiones y de sus habitantes (Linck, 1988).

Los rancheros son portadores de una herencia cultural de múltiples alternativas. Pese a su matiz conservadora se han distinguido por la adecuación a su medio geográfico, la autonomía e individualidad en la toma de decisiones y en la organización familiar del trabajo, la propiedad privada y el autoempleo, todo lo cual les ha permitido una relativa autodeterminación.

El “más vale ser cabeza de ratón que cola de león”, el “que cada quien se rasque con sus propias uñas” y el “estirarse hasta donde la cobija alcance”, son expresiones usadas por los rancheros y en ellas sintetizan en parte su “visión de mundo”. Esta no es exclusiva de los que habitan dispersos en las regiones apartadas, sino que, disfrazadamente, es compartida por la mayoría de oriundos del occidente de México. En este sentido puede considerarse que la cultura ranchera predomina en esta amplia zona y que con los migrantes cruza fronteras, lo cual favorece los contactos y articulaciones económico-culturales del ranchero (más que los del campesino indígena o mestizo, ejidatario o jornalero) con la sociedad nacional.

La movilización geográfica y movilidad social también son características de la sociedad ranchera. Su actitud emprendedora hace que entre sus diversas estrategias y alternativas de preservación siempre haya estado presente la migración.

El que las condiciones de vida y de trabajo no puedan sostenerse en los remotos ranchos, aspecto atribuido en parte a la crónica falta de apoyos institucionales, hace que sus habitantes, echando mano de

sus redes familiares, tomen la decisión de dejar su tierra para probar suerte en otros lugares y frecuentemente en otras actividades que no contradigan –inicialmente al menos– sus pautas culturales.

Las regiones abruptas de Michoacán

Las regiones rancheras no se restringen a los límites estatales. Más bien se trata de una vasta región que cruza a Michoacán por el suroeste (Sierra Madre del Sur) y sigue su curso, frecuentemente interrumpido por la inserción de otras regiones y límites administrativos, tanto en Jalisco como en Guerrero.

Estas regiones han sido ocupadas por minúsculos asentamientos humanos o ranchos dispersos por allá donde los ojos de agua, arroyos y ríos permiten el abastecimiento de agua para humanos y animales. Cada uno de estos ranchos cuenta con unos 30 habitantes en promedio, repartidos en 4 ó 5 viviendas separadas entre sí por decenas de metros, en unos 5 kilómetros de radio entre localidades y hasta 50 kilómetros del pueblo más cercano. Distancias que hay que cubrir a razón de 5 kilómetros por hora, puesto que en la mayoría de los casos hay que recorrerlas a pie o a caballo.

Dada la dispersión del hábitat, lo arrugado de la superficie regional, la estrategia extensiva de su aprovechamiento agrícola, la marginación carretera y lo poco que estas áreas importan al estado (particularmente las situadas entre dos entidades, que no importan a ninguna de ellas), el abastecimiento de bienes y servicios encuentra muchas dificultades, tanto más, cuando desde la perspectiva oficial, se requiere de un determinado número de habitantes concentrados y ciertos volúmenes de producción para poder aspirar a quedar anotados en las largas listas de espera.

El éxodo rural y agrícola se reciente muy fuertemente en las regiones más accidentadas y marginadas, es decir, en las regiones precarias de recursos y población. La incapacidad de reinversión de la mayoría de los rancheros en sus explotaciones, aunada a la permanente falta de atención e inversión gubernamentales, pone en el

más alto riesgo de convertirse en desiertos humanos, en espacios abandonados a estas vastas zonas abruptas.

Si compartimos la idea: “espacio que pierde su población es región que pierde el país”, no es difícil percatarnos que México ha venido perdiendo gran parte de su territorio por esta razón. Es un hecho que las regiones rancheras abruptas y aisladas han perdido población y están teniendo serias dificultades para retener la poca que les queda. Por ejemplo, en el municipio de Manuel M. Diéguez, Jal., y en Potrero de Herrera, al suroeste del de Tocumbo, Mich., la densidad de población bajó de 9 a 5 habitantes por kilómetro cuadrado en los últimos 30 años.⁷

En términos absolutos el 49% de localidades, sobre todo las más apartadas, se han vaciado y el 42% de la gente se ha ido durante ese periodo. El contingente es formado no sólo por jóvenes y ancianos, sino también por familias enteras, tanto de medieros como de propietarios.

En busca de las oportunidades la gente se va a los pueblos cercanos y de estos a otras ciudades del país y a Estados Unidos, pero los que tienen tierra generalmente no la venden hasta que no pueden seguir atendiéndola o no tienen hijos dispuestos a tomarla, ni encuentran quien lo haga. Al frente de las unidades de producción están los viejos propietarios o administradores cada vez más solos. Todos los flujos —de gente, de capitales, de productos agrícolas— van de los ranchos al medio urbano. La reciprocidad, en términos de infraestructura y servicios, es prácticamente nula o muy tardía. Este tipo de articulación unilateral ha venido desalentando iniciativas locales y vaciando de población estas zonas.

El hábitat disperso, pese a que ha sido el único que ha garantizado la cobertura y la valorización efectiva de gran parte del territorio que nos ocupa, parece ser hoy en día insostenible: está lejos de ofrecer a los jóvenes empleo y condiciones de vida a la medida de su

7. De 4 650 individuos en 245 ranchos, en los años cincuenta, a 2 700 en únicamente 126 ranchos, a principios de los noventa (Barragán, 1990).

demanda y a la dimensión de nuestra época. En este sentido, es de temer que los profundos desequilibrios que siempre han caracterizado a la ocupación del territorio se vayan agudizando.

Si bien, pasada la Cristiada, se observa una tasa de crecimiento positiva en la zona ranchera (fig. 1). Esta es global y se debe al peso poblacional que han venido adquiriendo las cabeceras municipales y otros pocos pueblos y ejidos localizados dentro de estos límites municipales. En realidad, en los ranchos aislados y dispersos, que son los que cubren la mayor parte del territorio analizado, la tasa de crecimiento demográfico es decreciente desde hace 30 años, y se refuerza cada vez más esta tendencia.

A todas luces parece urgente un decidido fomento territorial que, contemplando cabalmente la diversidad regional y atendiendo a las iniciativas y particularidades de cada región, por encima de límites administrativos, propicie una reciprocidad de flujos que favorezca una articulación equilibrada y justa entre regiones.

CONCLUSIÓN

1. El sistema administrativo-político del estado de Michoacán no pudo integrar un estado y su estructura urbana sigue todavía en parte un patrón de archipiélago. Por razones económicas el eje Morelia-Uruapan-Apatzingán se debe a la complementariedad entre pisos ecológicos y funciones y dinámicas de cada ciudad. En particular, el estado no pudo dirigir, con o sin veda o permisos forestales, el fuerte campo marginación-demanda de madera.

Sin embargo, respalda aún el comportamiento insular de las regiones, ignorando a las aisladas o fronterizas (zonas rancheras) o descuidando a las que dependen económica y socialmente de otros ámbitos (los baches de las carreteras del noroeste de Michoacán llegaron a ser famosos por su número y profundidad).

Entonces, cualquier desarrollo que impulse el estado debe ser coherente no sólo con los objetivos nacionales, sino también con el funcionamiento del Centro-Occidente. Ese modelo debe adecuarse a las especificidades y a las interrelaciones de las regiones.

2. Los tres casos expuestos ejemplifican cómo los movimientos de población regionales son inducidos por los auges económicos locales. La variada y rica ecología del estado propició estas especializaciones y el aprovechamiento de recursos, en tanto la región hoy en día sigue las dinámicas agrícolas. El gobierno estatal no ha tenido capacidad para influir sino para seguir las políticas nacionales.

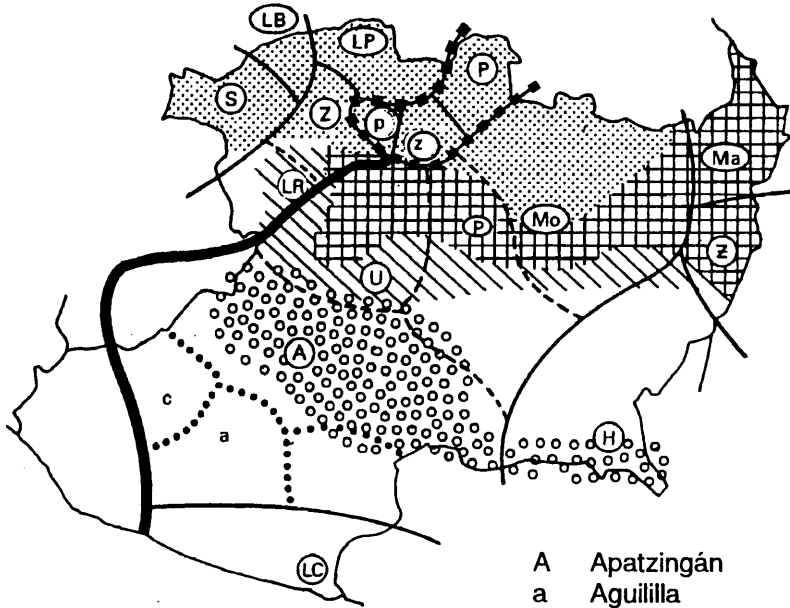
Más allá de la transición demográfica, este siglo es el de los ajustes de población, entre zonas históricamente pobladas, marginadas y vacías. Así podemos evidenciar tres tipos de movimientos de ajuste o de integración regional:

- la constante expulsión de excedentes poblacionales de las zonas rancheras (hijos de dueños y medieros);
- el arraigo poblacional en la etapa ligada a la integración económica de la Meseta Tarasca, y luego la mayor propensión a migrar debido a la crisis forestal;
- el movimiento de la población flotante del Bajío que sigue las oportunidades de empleo según el diferencial de salarios y la seguridad del trabajo.











A partir de un acervo cultural en el cual la migración siempre ha sido un componente y un conocimiento, la población ha sabido acomodarse cuando tuvo que moverse.

Además esos ejemplos visualizan cómo se van conformando las regiones de Michoacán. La zona indígena se integra como piso ecológico al eje Morelia-Uruapan-Apatzingán, en el cual Uruapan ejerce un papel rector. La zona ranchera aparece sin ataduras permanentes a ningún centro, más bien su dinamismo depende de oportunidades externas. Zamora, en fin, muestra la manera en que la ciudad se afianza como centro rector al influir, a un momento dado, en los movimientos de jornaleros agrícolas del Bajío.

MAPA 1
REGIONALIZACIÓN GEOGRÁFICO-FUNCIONAL
DEL ESTADO DE MICHOACÁN

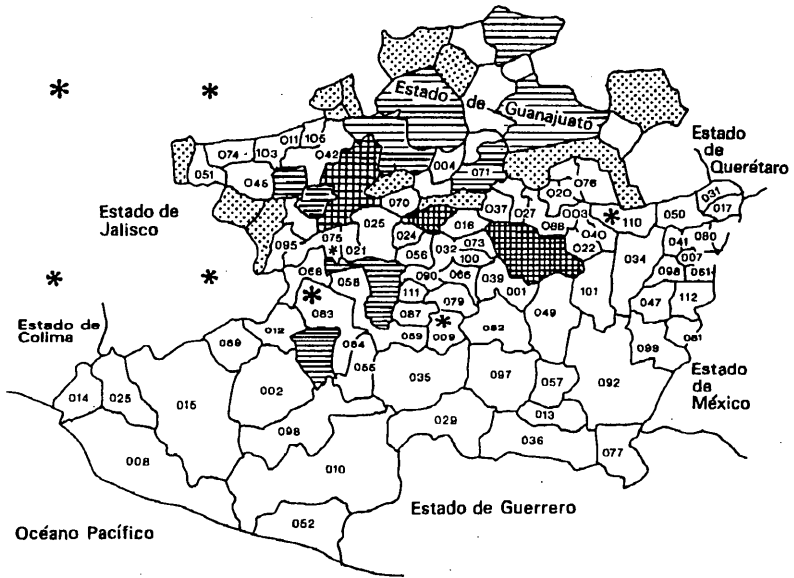


SISTEMA URBANO





-  Grandes Sistemas Nacionales
-  Sin pertenecer a un gran sistema nal.
-  Sistema de segundo nivel
-  Sistema de tercer nivel
-  Sistema de cuarto nivel
-  Tierras Frías
-  Bajío Michoacano
-  Balcones
-  Tierras Calientes
-  Zona Ranchera

- A Apatzingán
- a Aguililla
- c Coacmomán
- LC Lázaro Cárdenas
- H Huétamo
- LB La Barca (Jal.)
- LP La Piedad
- Ma Maravatío
- Mo Morelia
- P Puruándiro
- p Purépero
- LR Los Reyes
- S Sahuayo
- P Pátzcuaro
- Z Zamora
- Z Zitácuaro
- z Zacapu
- U Uruapan

MAPA 2
LUGAR DE ORIGEN DE JORNALEROS
ASENTADOS EN TRES COLONIAS DE ZAMORA*

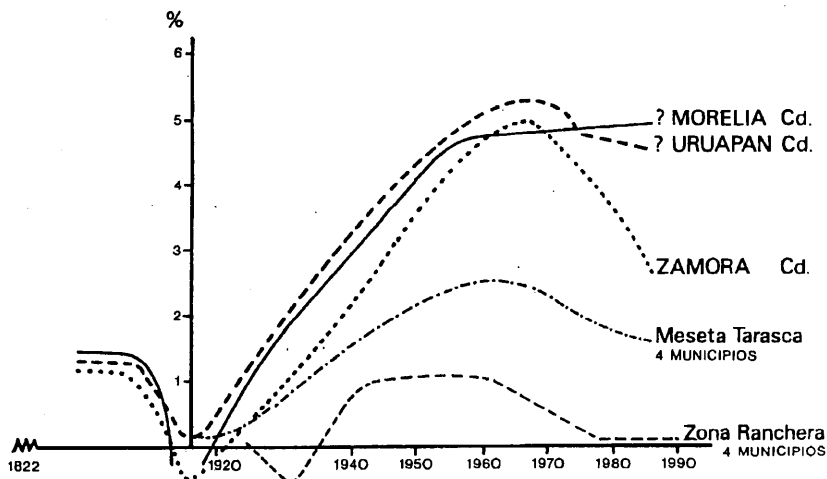


SÍMBOLOS

	≥ 10		< 3	GUANAJUATO	56
	≥ 5			JALISCO	19
	≥ 3			OTROS	25

* Fuente: Entrevista, Historia laboral, colonias Revolución, El Vergel y La Libertad; Zamora, Michoacán 1989-1990.

FIGURA 1
EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL DE LA POBLACIÓN



- Basta con que un censo decenal no sea confiable para afectar la tasa de los periodos anterior y posterior. El aspecto de las curvas parece con altibajos que no se pueden explicar por situaciones particulares. Por lo tanto, usamos el método de los promedios móviles en general, y no tomamos en cuenta los censos obviamente manipulados como fue el caso en 1980 de Morelia y Uruapan. La coherencia histórica permite evidenciar las tendencias y eliminar algunas equivocaciones.
- Estimamos la población urbana 1990 a partir de los datos municipales preliminares del INEGI y en la base de la evolución del porcentaje de población urbana. Además de esa estimación, el margen de error con los promedios móviles es más alto para los periodos extremos. Entonces, un “?” en 1990 señala la menor validez del crecimiento de población calculado.
- Municipios de la zona ranchera: Jilotlán de los Dolores, Manuel M. Diéguez (Jalisco) Tocumbo y Cotija (Michoacán); de la Meseta P’urhépecha: Charapan, Cherán, Nahuatzen y Paracho.

CUADRO 1
Saldo migratorio en Zamora-Jacóna

Variables	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89
Pob. I	47 172	68 217	109 021	148 721
Nacimientos	28 017	39 544	56 132	61 106
Defunciones	8 058	9 252	13 113	11 854
Migración	1 086	10 512	- 3 319	- 12 307
Pob. F	68 217	109 021	148 721	185 666

“I” y “F” población al inicio y al final del decenio.

Fuente: Elaboración propia con base en los Censos de Población, Dirección de Documentación y Registro, Juzgado Civil de Zamora y de Jacóna. Libros 01 y 07.

CUADRO 2
Volúmenes autorizados y capacidad de la industria forestal
A) Evolución de los volúmenes autorizados para el área
de la unidad forestal núm. 6 (Meseta Tarasca)

Anualidad	Pino	Encino	Oyamel	Hojosas
1987-1988	274 835	92 554	10 549	12 345
1988-1989	115 547	51 472	1 850	8 711
1989-1990	92 267	38 015	1 750	6 074

Fuente: UAF 6, “Programa-presupuesto anualidad 1990-1991”.

Nota: Metros cúbicos de venta en las Unidades Agrícolas- Forestales que incluyen a los municipios de Charapan, Cherán, Nahuatzen, Paracho, Tingambato, Uruapan, Chilchota, Taretan, Ziracuaretiro.

B) Industria instalada y abastecimiento en el área de influencia de la unidad forestal núm. 6 en 1990

Tipo de industria	Número total	Generación de empleos	Abastecimiento en m ³		
			total	legal	ilegal
Aserraderos	16	378	46 577	42 904	3 673
Sierras cintas	475	1 666	165 542	40 269	125 273
Carpinterías	521	11 666	32 194	4 335	27 859
Talleres torno	299	414	6 834	0	6 834
Otros	34	115	4 860	4 520	340
Abastecimiento	1 715				
Total	1 345	5 474	249 173	92 028	157 145
Capacidad instalada		481,056.000 M3			
Capacidad operación		256,000.000 M3			
Abastecimiento legal		92,028.000 M3			
Abastecimiento ilegal		163,979.000 M3			

Fuente: UAF 6, "Programa-presupuesto anualidad 1990-1991".

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, G., *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, México, INI, 1953.
- BARRAGÁN, Esteban, "La organización ranchera del espacio geográfico", ponencia presentada en el *XII Coloquio de Antropología e Historia regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990.
- COCHET, Hubert, Eric LEONARD y Jean Damien De SURGY, *Paisajes agrarios de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989.
- COCHET, Hubert, *Des barbelés dans la Sierra. Origine, émergence et transformation d'un système agraire au Mexique. La Sierra de Coalcomán*, Thèse de doctorat, Paris, INA-PG, 1990.

- CONAPO, *El sistema urbano Morelia-Uruapan-Zamora*, 1990.
- CHAPELA, G., *Dinámica de la producción forestal en la Meseta tarasca*, Tesis de Maestría, UAM-X, México, 1988.
- ESPÍN, Jaime, *Tierra fría, tierra de conflictos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- INEGI, *Síntesis geográfica del Estado de Michoacán*, 1985.
- INEGI-SPP, *Cuaderno de Información para la Planeación de Michoacán*, México, 1987.
- GONZÁLEZ, Luis, "Del hombre a caballo y la cultura ranchera", Ponencia presentada en el Coloquio *El mundo Rural Mexicano a través de los Siglos*, en homenaje a F. Chevalier, Guadalajara, U. de G., 1990.
- LEONARD, E., *De vaches et d'hirondelles. Elevage extensif et agriculture minifundiste sur le Tropique Sec Mexicain: Les terres chaudes du sud-est du Michoacán*, Thèse de doctorat, Paris INA-PG. 1991, 338 p.
- LINCK, Thierry, *El campesino desposeído*, Zamora, CEMCA-El Colegio de Michoacán, 1988.
- _____ y R. SANTANA (eds.), *Les paysanneries du Michoacán*, Paris, Ed. du CNRS, 1988.
- _____ y Esteban BARRAGÁN, "Comunicaciones, organización del espacio y migraciones: Las Sierras del oeste michoacano", en *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán-CEMCA, 1988, pp. 299-316.
- LLOYD, J.D., "Desarrollo histórico del rancho", en *Historia de la cuestión Agraria Mexicana. El siglo de las Haciendas 1800-1900*, México, Siglo XXI/CEMCA, t. 1, 1988.
- MEYER, Jean, "Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el Porfiriato. Algunas falacias estadísticas", en *Historia Mexicana*, vol.35-3, México, El Colegio de México, 1986, pp. 482-501.
- MOLLARD, Eric, "La regionalización de los cultivos en el Bajío michoacano", Zamora, El Colegio de Michoacán, Inédito, (s.f.).

- _____ y Cayetano REYES, “Zamora: Crecimiento de una ciudad agrícola.” Ponencia en la mesa redonda *Dinámicas Urbanas en el Estado de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991.
- MORA, G., “San Juan Capacuaró: de campesinos a migrantes”, en Gustavo López Castro, *Los problemas medioambientales de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, inédito, 1990.
- ZENDEJAS, Sergio, “Cambio agrícola, movimiento de población y mercados de trabajo en un valle agrícola del noreste de Michoacán 1927-1990”, Zamora, El Colegio de Michoacán, inédito, 1990.